Consejos de un carcamal a la juventud actual.

Los lectores pueden ser divididos en tres grupos diferentes, perfectamente definidos; a saber:

Los que leen el trabajo y luego la firma.

Los que leen la firma y luego el trabajo.

Los que no prestan atención al autor.

Los dos primeros denotan inteligencia, cada cual a su modo; los del tercer grupo son estúpidos, mas como entre vosotros no los hay, huega volver a ocuparnos de ellos. Cuantos menos bultos, más claridad.

Cuando el lector se encuentra ante un trabajo firmado por un desconocido, es natural que surja la curiosidad, y esta curiosidad unida al modo de expresión elegante y refinado de nuestros jóvenes, al moderno léxico ahora tan en boga, da como resultado esta pregunta:

—¿Quién sera este tío?

Para empezar la casa por el tejado, obrando a lo loco—que también está muy de moda—ante todo contesto a la pregunta de mis lectores y así queda complacida su natural curiosidad.

Este tío que os habla es un vulgar chupatintas, un modesto empleado, el más humilde (sin falsa humildad) de los administrativos de una gran empresa. No es teólogo, ni psiquiatra, ni moralista, ni cuenta con preparación alguna al fin que nos proponemos; pero es osado, audaz, demasiado atrevido y os va a hablar nada menos que del amor, del cuerpo y el alma, de los sacramentos en general y del matrimonio en particular. Los viejos suelen ser comparados con los niños, y este que os habla, por desgracia o tal vez por suerte, ya no es un niño, luego soy un viejo puesto que así me comporto, un casi cincuentón, y por eso tengo la audacia y el atrevimiento necesario para enfocar el tema a mi modo, sin autoridad ninguna, y para mayor osadía tomé la palabra ante vosotros, los jóvenes intelectuales, más y mejor preparados que yo para hablar de lo que sea. Sólo cuento con una ventaja sobre vosotros, y no es pequeña: Mis muchas horas de vuelo en esta picara vida.

* * *

Dice la ciencia médica y es la verdad, que el corazón es el órgano encargado de hacer circular la sangre por nuestro organismo, como una bomba que trabaja incesantemente moviendo el líquido vital para que llegue, pase y vuelva por todo nuestro cuerpo. Pero los literatos, y muy especialmente los poetas, dicen del

corazón una falsedad más grande que un templo griego y lo convierten en sede, residencia, alojamiento y morada de todo el ser no material de la persona y meten en él los afectos, el amor, los sentimientos y cuanto constituye el ser espiritual del individuo, y a base de este monumental camelo hacen frases muy bonitas, escriben novelas rosa y cantan cuánto y cómo quieren al corazón.

Como no hemos venido hasta aquí para armar polémica ni discutir con nadie, dejemos que la ciencia y las letras se pongan de acuerdo, que entre ellos se las compongan como mejor les parezca para dilucidar la cuestión y cuando lleguen a alguna conclusión nosotros diremos amén y todos contentos. Pero mientras llega el momento de que nosotros digamos amén, nos pondremos en uno de los dos bandos, precisamente en el de los poetas que, aunque mienten a sabiendas, lo hacen con la gracia suficiente para merecer ser imitados, con tal arte, que con razón son aplaudidos a más no poder.

Con todo este rollo quiero decir y digo, poniéndonos de acuerdo para el futuro, que cada vez que se mencione aquí el corazón nos referimos al ente inmaterial, al alma, al espíritu del individuo y nunca a un órgano físico, a un elemento más de nuestro cuerpo tal como el páncreas, un pulmón o el colon.

* * *

Todos los sacramentos que nos proporciona la Santa Madre Iglesia se refieren unánimemente a favores que ha de recibir de manos del mismo Dios, a través de un ministro suyo, una sola persona, un único beneficiario, salvo el matrimonio, que es cosa de dos, de pareja. ¿Habiais reparado en este detalle? Bien merecía pena pensarlo un poco. Mas siguiendo estas meditaciones, fijándonos más despacio, nos damos cuenta de que si bien es cierto que al templo llegan dos personas, cada cual por su lado y con su conductor—el padrino y la madrina—al poco rato, consumada la ceremonia, sale de allí también uno solo, un solo matrimonio, unidos, soldados, inseparables, en una sola pieza puesto que han de entregarse en cuerpo y alma al sacramento, haciendo cada uno a su pareja entrega total, absoluta y completa del corazón, sin mutilación, falta ni merma alguna. Esta entrega del corazón ha de ser en todo, por todo y para todo entera, sin la más pequeña restricción. Por eso precisamente surgió hace tiempo aquella canción:

“Corazones partidos
yo no los quiero;

yo, cuando doy el mío,
lo doy entero”.

Esto, precisamente, es lo difícil del caso, el quid de la cuestión, el problema grande de consecuencias imperecederas: Entregar el corazón entero.

* * *

Vosotros, jovencuelos del bachillerato, y muy especialmente los que ya habeis remontado la reválida de cuarto, aunque no lo sepais, aunque no os deis cuenta de ello, vivis una etapa decisiva, una época extraordinariamente difícil y rodeada de los más grandes peligros para vuestra vida espiritual, una edad en que las cosas del corazón experimentan una metamorfosis completa, una evolución total. Si pasais bien esta crisis podeis ser felices siempre; mas si en este momento crucial equivocais el camino... estais perdidos para siempre.

Ya os he dicho que no soy yo precisamente la voz autorizada ni la persona preparada para hablaros de esto, y ahora debo añadir que solo pretendo ser el buen consejo, la humildad de la vejez que os ayuda a vosotros y a los vuestros a guiaros por la vida, la vacuna que os haga inmunes al peor de los males: El mal del corazón.

* * *

Entre las personas hay coleccionistas de todas clases. Unos reúnen sellos de las cartas, otros ceniceros, aquellos anillas de cigarros puros, los de más allá cachimbos. Me cuento entre ellos y me llaman “chiflao”, pero ni me pesa ni me arrepiento de ello. Pero hay ciertas personas cuya colección, su especialidad y afición es pecado según la Iglesia, casi delito según la Ley y una completa canallada desde cualquier ángulo en que se sitúe el observador. Me refiero ahora a las personas que coleccionan corazones y para ello se valen de malas artes. El corazón no puede ser objeto de colección, el corazón es amor y el amor fuente de vida, palanca que mueve el mundo y no se puede tomar a mofa ni andar jugando con asunto llamado a tan alto fin, con cosa tan grande, sagrada y respetable en que se apoya toda la existencia como es el amor. Cuando Moisés bajó del Sinaí siendo portador de las Tablas de la Ley nos hizo saber que Dios mandó entonces de un modo categórico, tajante, sin dudas ni vacilaciones, sin truco posible: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” y siglos después reitera el mandato por boca de su Hijo cuando dijo a sus discípulos: “Un nuevo mandamiento os doy: Que os améis los unos a los otros”... Pero en esta ocasión recalca más aún la orden, hila más fino, concreta toda-